

DESTELLOS DE LUZ

Reynaldo Leite

DESTELLOS DE LUZ

Reynaldo Leite



DESTELLOS DE LUZ

DESTELLOS DE LUZ

ESPÍRITUS DIVERSOS

POR EL MÉDIUM REYNALDO LEITE

ÍNDICE

PREFACIO.....	4
LA VUELTA DE MAURICIO	7
AMOR REAL	28
FIAT LUX.....	31
MOMENTO GRAVE	33
BRILLA Y CALIENTA.....	38
NEUROSIS DE LOS RÉCORDS	40
PEDRO, PIEDRA ANGULAR.....	45
VALORICE EL TRABAJO	48

PREFACIO

Somos lucigénitos.

Y porque de luz nacidos, de luz nos alimentamos.

Desde el magno momento del “¡Hágase la luz!”¹, de ella fuimos creados, simples e ignorantes (2), objetivándose nuestra evolución, que se da por el auto-esfuerzo.

Así es que, las luces de la luz van alumbrándonos concienciándonos, dándonos oportunidad de felicidades parciales, en el antegozo de la plena, absoluta felicidad, que no es de este mundo psíquico en que estacionamos, sino del mundo psicológico por el cual anhelamos.

Desde la creación de la luz por Dios es que vamos transitando, paso a paso, sus escalones de intensidad, en instintiva búsqueda de más iluminación.

Los que van, por la precedencia, alcanzando grados de luz más intensa, aman (porque el amor es el más alto grado de luz), iluminándonos la retaguardia, rumbo a la vanguardia por alcanzar.

Puro acto de amor natural: el iluminado iluminando a todo y a todos los que con él sintonizan.

La ignorancia (tinieblas) siendo diluida por la sabiduría (luz).

Ejercicios evolutivos (reencarnaciones) nos van propiciando destellos de luz, que se van acumulando, acumulando en Dios.

Comparece Sor María Angélica con su contribución de luz representada en este nuevo libro, buscando hablar más de cerca a nuestro corazón.

Habla de la luz en su aspecto más importante: la iluminación de nuestras conciencias.

Destellos de luz = experiencias vividas que iluminan.

En estos tiempos en que el Espíritu de Verdad vive entre nosotros, estableciendo metas vivenciales en nosotros; en estos tiempos fatigados en que distanciamos de nosotros el amor, luz que archivamos en nosotros; en estos tiempos en que tenemos miedo de amar, la Doctrina Espírita va, cual antorcha de la Verdad, espantando las tinieblas, iluminándonos de saber.

El Consolador Prometido (3) se presenta en la Doctrina Espírita, codificada por el emérito Profesor Lionés Allan Kardec, que tiene en María Angélica un baluarte, uno más, iluminador.

Ella trae, en este libro, los "Destellos de Luz" de sus experiencias, para que la unión se sintonice en la Luz Divina.

Teniendo, pues, por base la Obra Kardeciana, Consoladora de todos nosotros, este “Destellos de Luz” viene a concitarnos a profundas reflexiones en cuanto a nuestra iluminación, pues es cierto que, solamente a través de ésta, es que obtendremos la paz.

Armand de Cohen - Espíritu.

- 1.- Génesis: Cap. I, v.3.
- 2.- “El Libro de los Espíritus”: cuestión 115.
- 3.- Evangelio de Juan: Cap. XIX, vv. 15 a 17, 26
(Notas del Autor Espiritual).

LA VUELTA DE MAURICIO

17 de Julio de 1810.

Noche borrascosa, calles semidesiertas, madrugada anunciándose oscura.

Marsella estaba en silencio, de vez en cuando quebrado por unos pocos noctámbulos que a prisa se dirigían a sus hogares, a pie o por carreta, cuyas ruedas de hierro y las patas con herraduras de los caballos chocaban ruidosamente con el suelo pavimentado.

En cierta esquina, donde estaba instalado un bar- restaurante, una pareja nos llama la atención.

Avanzamos aproximándonos, percibiendo, de inmediato, que un rapaz bien vestido, de cerca de 25 a 30 años de edad, con el sobretodo ceñido al cuerpo, GOLAS altas (CUELLO ALTO) y CHAPEU (sombrero) colocado en la cabeza, lívido, buscaba dialogar amorosamente con una moza, de aproximadamente 20 años de edad, grotescamente vestida con traje multicolor, zapatos de tacos muy altos, pintados de color rojo; la cara excesivamente maquillada, aretes y collar de artesanía barata, vincha de plástico sujetando los cabellos, dándole un "aire" grotesco.

La expresión dura era una máscara que le cubría un rostro juvenil, angelical.

El rapaz, conteniendo con esfuerzo el llanto que insistía en expresarse en su rostro, humedeciéndole los ojos azules, exclama:

Te pido, Georgette, en nombre de Dios, no des curso a tan funesto proyecto. El niño que se anida en tu vientre fue atraído por nosotros en nombre del amor que nos unió físicamente y que debe unirnos ahora socialmente.

Ella, con los ojos bajos, mirando el suelo mojado, oía con incomodidad. Esbozando una sonrisa amarga, respondió:

No, Edward, no. Un hijo a estas alturas de mi vida, solamente vendría a entorpecer mis planes. Quiero vivir, quiero gozar, aprovechar la vida, la juventud.

Pero, Georgette, un hijo es bendición de Dios, bendición de la Vida a la Vida. Es tesoro inapreciable si tenemos los sentidos embotados por el sopor del egoísmo. Piensa bien: el aborto es crimen nefasto ante los ojos de la Ley que, ahora, lo sanciona con la guillotina; también es crimen que lesiona la conciencia frente a Dios, que no lo hace terminar ni después de la muerte del cuerpo. No te comprometas, querida mía, no te comprometas para el futuro, registrando en tu psiquismo acto tan repulsivo y lacerante...

¡Cállate! - gritó ella - No me vengas con tus argumentos metafísicos, incomprensibles, fantasiosos; son meras falacias al margen de la realidad...

Pero, Georgette...

Dame algunos francos más y (aléjate) SOME-TE, Edward, ya que no quieres ciertamente comprender que nuestros encuentros y relaciones no pasaron de simples flirteos; sólo flirteos en los cuales yo apenas ejercí mis encantos profesionales. Por un mero descuido mío, embaracé. Convéncete, de una vez por todas - aquí alteró la voz para un velado impulso al grito - de que no te amo e igualmente no pretendo dejar mi trabajo de acompañante...

¡De prostituta! - murmuró él, contrayendo los dientes.

Llama a mi trabajo como te plazca, mi querido Edward, pues lo que me importa ciertamente es que soy dueña de mi cuerpo y, como consecuencia natural, de él dispongo como quiera...

-De tu cuerpo, Georgette -bramó Edward- de tu cuerpo que es santuario de tu Espíritu Inmortal, puedes, de hecho, juzgar y usar como quieras, ya que de todo se ha de dar cuentas a Dios. No puedes, sin embargo, actuar de la misma forma con el cuerpo ajeno...

-¿Cuerpo ajeno, Edward? - gritó ella - ¡Cuerpo ajeno! Estás ciertamente ¡loco! El niño que gesto en mi barriga es cuerpo mío, ya que es de mí que se alimenta. ¡No y no! Voy igualmente a extirparlo porque, por el momento, entorpece mis planes...

- Con todo... -intentó Edward.

¿Ya pensaste bien, mi caro Edward? - interrumpió ella - un hijo requiere familia; familia que lo reciba amorosamente después de meses de emocionada expectativa. Y éste que genero no tiene familia... Además, me obligará, por lo menos, a dejar el trabajo por nueve meses y, consecuentemente, a renunciar a la ganancia diaria, de la cual sobrevivo. Peor, mi cuerpo esbelto perderá, por largo tiempo la elegancia, la lozanía, mis senos quedarán voluminosos y flácidos; mi vientre se abultará, aumentando exacerbadamente el peso, que costosamente controlo. Las vérices en mis piernas bien torneadas, sedosas... No y no, Edward. Ese hijo no puede venir a la luz ahora...

- Georgette, mira, raciocina conmigo - imploró Edward - un hijo como ese nuestro es hijo del amor. Nuestro amor. Y por el amor que te dedico, te propongo constituir para nosotros y para él una familia, un hogar... Sabes bien que problemas financieros de mi parte no existen.

Ella intentó contra-argumentar; pero él rápido, prosiguió:

Georgette, termino en pocos meses mi curso de Derecho en la Sorbona. Mis padres, ciertamente, nos ayudarán en la subsistencia hasta que yo me profesionalice en definitiva en el estudio de Abogacía en que practico. ¡Sé razonable, Georgette!

Ella, fastidiada, se encogió de hombros y dijo:

- Pues bien Edward, nada te prometo, nada; sino que voy a repensar mejor el asunto. Dame, pues, algunos francos, porque esta noche fría y con garúa ahuyentó a los clientes. Voy a tomar un buen café con panes, después a dormir; y mañana, o después, quién sabe, volveremos a hablar.

Él, esperanzado, retiró automáticamente del bolsillo algunos billetes y, sin examinarlos, los entregó a Georgette que, sin despedirse le volvió las espaldas con una sonrisa maliciosa en los labios pintados de colorete rojo-sangre. Atravesó la gran avenida, ahora yerma, y se sumió en la oscuridad.

La acompañamos, con la expectativa de aprender, auxiliar.

Minutos después, ella estacionó en un bar que permanecía abierto día y noche. Se acomodó en una de las bancas fronterizas al balcón, y mostrando un billete de franco, pidió café con absinto adquiriendo la garrafa.

En el lupanar de su residencia, desvistió las ropas, se descalzó los zapatos, ahora incómodos y se tiró en la cama. Al lado, en el velador, la garrafa de absinto que ella fue consumiendo por el pico, en sorbos generosos, entre un cigarro y otro. Se adormeció.

En el entresueño, meditó en la conversación hace poco mantenida con Edward. Infantil ese rapaz, en esa propuesta de constituir familia. Ella que desde los 10 años de edad dejara la casa paterna fugándose, porque nunca admitiera la sumisión de su madre al despotismo de su padre, que constantemente embriagado la golpeaba por cuestiones insignificantes... ¡No y no! No se casaría con Edward, ni con ni sin papel. Y ese hijo del descuido, más tarde sería solucionado en la casa de la abortista, tan conocida suya. Francos para el pago ya poseía...

Entregándose al sueño pesado, oyó con sobresalto psicológico:

-¡Mamá, mamá Georgette! No me expulse otra vez, mamá, ¡no me expulse! ¡Quiero vivir!

Georgette se levantó asustada. Sentada en la cama procuraba recomponerse. Ciertamente era un sueño. Una pesadilla seguramente. Se encogió de hombros, pensando cuánto la conversación con Edward la incomodara.

El corazón en sobresalto, desacompañado, pasó la mano por la frente y sintió un sudor álgido corriéndole por el rostro excesivamente empastado de maquillaje. La respiración oprimida...

-¡Un sueño! ¡Una pesadilla! - Gritó como corporizando el pensamiento.

Pero, ¿habrá sido seguramente un sueño? ¿Una pesadilla? Pero era una voz de niño tan real... tan claramente audible...

¡Pesadilla! - la idea, aquí, la reconfortó. Ciertamente fue el efecto del absinto, el exceso de cigarrillos... Edward, con su conversación la influyó psicológicamente... sólo podía atraer una pesadilla ciertamente...

Claro, voces sólo existen en sueños... fruto de la emoción...

Se dio cuenta, ante la claridad que ingresaba por la persiana de la ventana, que el día había rayado completamente.

Se levantó, un tanto trémula, con resaca. Se proveyó de toallas, jabón y, vistiendo un "peignoir", atravesó el corredor en busca del cuarto de baños.

Cuando Georgette salió a la calle, modestamente vestida, nadie reconocería a aquella muchacha coqueta, excesivamente maquillada, provocante, de la víspera

Volvió a contar los francos que le habían sido dados por Edward y se dirigió, a pie, al gran centro de Marsella, pocas cuadras más allá.

Se detuvo frente a una gran casa, muy antigua.

Se acordó que había estado allí muchas veces, acompañando a sus colegas de trabajo, descuidadas y embarazadas.

Ahora estaba allí, a su vez. No quiso la compañía de nadie. Lo que importaba era la solución que buscaba y que sabía encontraría allí. Los francos serían más que suficientes para su propósito.

Tocó la aldaba.

Pronto la vieja puerta fue entreabierta y una mujer voluminosa, de cabellos grises, piel marcada por la varicela, con parcos dientes en la boca, semi-cariados y que sostenían una boquilla con un humeante cigarro, fétido, incrustado, miró a Georgette.

Acomodó los lentes de aros ENCEBADOS para distinguir mejor y, reconociendo a Georgette, abrió desmesuradamente la puerta, invitándola a entrar.

Georgette atravesó el vestíbulo y, en la sala contigua, se sentó en un sofá de tejido viejo y profundamente ajado.

La casa además era muy antigua, como he dicho, con todos los muebles desaseados, descuidados.

Y entonces, hija mía, - dijo la mujer fijando la mirada maliciosa en Georgette - resolviste por lo mejor - ¿no es cierto? Ciertamente, porque una belleza como tú no puede desperdiciarse en la maternidad. ¿"D'accord" ?

Georgette, algo coaccionada, meneó la cabeza afirmativamente, aunque su corazón se descompasase en perspectiva del miedo que la sobrecogía en aquel instante; pero por la expresión fingida y álgida, terrorífica, de aquella mujer.

- Ven, hijita, ven sin miedo - prosiguió la vieja con una sonrisa cínica con aires maternos - Madame Rosset, esta benefactora de la humanidad sufrida, a tu servicio ahora, te va a librar del problema. Espero que no te hayas olvidado de traer los cien francos para los gastos, ¿No es cierto?

La muchacha, con los ojos bajos, como una gacela asustada, meneó la cabeza afirmativamente.

- Pues entonces, hijita querida, no te preocupes. Madame Rosset es especialista en ese asunto. No temas nada, ya que Dios ampara a todos los bienhechores de la sociedad, como yo, - soltó otra sonrisa cínica- que Lo ayudan a controlar la población... rió, bajito.

- Anda ahí, atrás del biombo y desnúdate sólo de la cintura para abajo, echándote, en seguida, allá - dijo Madame Rosset.

Georgette se dirigió atrás de un biombo de paños rotos y, semidesnuda, se echó en una cama de hierro, muy oxidada y de sábanas pardo-amarillentas, desgastadas y nada aseadas. Temblaba, con mucho miedo.

Madame Rosset, aproximándose, la concilió:

Ahora, hijita, confía en Madre Rosset, confía. En este oficio bienhechor, mi hija, casi nunca fallo. Dios - enfatizó con una sarcástica sonrisa - Dios está conmigo... la risotada se transformó casi en una nueva carcajada.

Georgette, vacilante, nada dijo, petrificada.

De repente, mientras Madame Rosset se había retirado rumbo a la cocina para traer el recipiente de agua tibia y los paños necesarios, Georgette oyó una voz ahogada, como lejana: - "Mamá, por piedad, te imploro, déjame vivir; por favor, déjame vivir..."

Georgette hizo un movimiento brusco, sentándose abruptamente, como si quisiese zafarse de algo opresivo.

Agitando los brazos, derribó una jarra colocada en la cabecera, llamando la atención de

Madame Rosset quien se ocupaba de hervir los instrumentos y los paños para el acto abortivo.

- ¿Qué fue, hijita, qué fue? - Ahora, cálmate. Son los nervios, la emoción que, es natural, se desaliña. Pero no te preocupes, no. Soy, como dice el pueblo, una "faiseuse d'anges", una hacedora de angelitos eficiente; puedes creer. Nada que temer, hijita. Soy tan eficiente que, a veces, de día o de noche, llego a oírles el llanto. ¡Imagine! Llanto de niños que ni siquiera se han vuelto bebés. Vea sólo cómo mi dedicación humanitaria me influencia psicológicamente...

- Pero, vamos al servicio. Mantente calmada. Piensa que de aquí a poco estarás libre; palomita liberada para tus vuelos de amor...

Cerca de tres horas después, un tanto tambaleante por el insípido brebaje que le fue ofrecido y que la había semi-paralizado, Georgette, sintiéndose oprimida y pretendiendo salir de aquel local sórdido y tétrico, pagó los cien francos a Madame Rosset y, volviendo a escuchar las arengas de ésta, con sus artificiales consuelos, ganó la calle, dirigiéndose a su tugurio para el reposo exigido.

Poco tiempo después, encontramos a Georgette en las calles principales de Marsella para el reiniciado mercadeo corporal.

Edward, al tomar conocimiento de los hechos lloró mucho, decidiendo no mantener más contacto con Georgette.

Se diplomó de abogado y, para olvidarla, se estableció en París.

Desencarnó años después, soltero, casto, sin haber olvidado nunca a Georgette, el único amor de su vida. Monologaba siempre, al hijo abortado (tenía la certeza de que había sido un niño) que tuviese paciencia, ya que Dios, el Divino Padre, habría de darle otra oportunidad de tenerlo en sus brazos. No sabría decir cuándo, ni cómo, ni certeza de dónde; pero era cierto que ellos estarían juntos... Era esperar... esperar...

El tiempo, sublime restaurador de las cosas, siguió imperturbable...

Edward, próspero abogado en París, antes de agonizar y desencarnar entre amigos, colegas, beneficiarios y criados, legó, por disposición testamentaria, toda su fortuna a una Clínica Obstétrica de la cual, hacía muchos años se hiciera protector, señalando que debería ser empleada en el amparo total e irrestricto de las gestantes carentes.

El nombre de la Clínica: "Maurice Champciel", su hijo no nacido...

En cuanto a Georgette, encanecida por los años y arrugada por la senilidad precoz, portadora

de neoplasia maligna, triste y decepcionada, solitaria, desencarna en Marsella, bajo el puente del Río Ródano, oyendo, muy de lejos, un llanto infantil y la voz de un pastor evangélico, ahí llamado, que la encomienda a Dios...

17 de Marzo de 1994.

La quietud de la madrugada en el Hospital General de Marsella es rota por el rugir del motor y el estruendo de la sirena, traído por la ambulancia que frena bruscamente frente a la puerta de entrada de las emergencias.

Presurosos enfermeros de turno, acuden empujando una camilla en dirección a la puerta trasera del vehículo, abiertas a prisa por el conductor y el enfermero acompañante.

Una robusta mujer, en ESGARES (No Hay, puede ser espasmos o gestos) de dolor, es retirada y, echada en la camilla, conducida velozmente a la sala de partos.

El médico de turno, de canas nevadas precozmente por la medicina sacerdotal, avisado por la radio, ya se encontraba ahí, listo, al lado derecho de la mesa quirúrgica.

Lo acompañan el anestesista y la asistente, experimentados.

El aviso previo para el enfrentamiento de parto

difícil, que la partera práctica no lograra ejecutar, a diferencia de los anteriores, hechos a lo largo de más de treinta años, le causaba una emoción inusitada, inexplicable.

La mujer, cuya ficha indicaba Giorgina Campociello, italiana, 20 años de edad, se contorcía en una “delivrance” dificultada por la no dilatación genésica, necesaria para la liberación del feto.

El médico se inclina sobre ella para los exámenes preliminares y confirmantes de la inevitabilidad de la cesárea, que debe ser hecha urgentemente, ante el peligro que ella y la criatura corrían.

Mientras se aplica la anestesia, el médico, cristiano convicto, pide, en oración silenciosa a Dios, a los santos de su fe, que lo asistan, como de costumbre.

Pero la emoción inusitada e inexplicable, ahora aumenta con la perspectiva de ese parto que, aunque semejante a tantos ya hechos, se presenta diferente...

Automáticamente, mientras los pensamientos se mezclan a mil recuerdos, su mano firme dirige el bisturí de rayo láser sobre el vientre de la paciente.

Hecha la gran incisión, se revela que el niño, el feto, está de bruces, como que incrustado en decúbito dorsal en dirección a las espaldas de la parturienta.

La bolsa amniótica totalmente rota muestra ese cuadro aterrador: el bebé agarrado, inusualmente, a las entrañas de la madre, como si temiese desprenderse de ella.

El médico, algo sorprendido, mira hacia el anestesista y hacia la asistente, que también están con la mirada asombrada.

Nunca, en toda mi vida profesional - dice el médico como queriendo quebrar la sorpresa- tuve un caso semejante. Me da la impresión de que este hijo no quiere, de manera alguna soltarse de la madre...

Y acto seguido, se movilizó para quirúrgicamente “desprender” al niño, cuyas minúsculas manos y parte del pecho estaban adheridas a las carnes maternas.

-Doctor Pierre, sea más rápido - avisa el anestesista -La madre corre peligro de muerte con caída de la presión. Su corazón oscila y, seguro, el cerebro padece anoxia...

El médico se apresura dentro de lo posible

Por detrás de los anteojos sus ojos derraman extrañas lágrimas, nublándole la visión.

Interpelado por la asistente, que con él convive y trabaja desde hace tantos años, el médico se disculpa diciendo ser sudor. No la convence, sin embargo.

Ella percibe que madre e hijo corren peligro y, conociendo la dedicación profesional del médico amigo de largo tiempo, sabe que él hará todo para salvarlos.

Después de horas de mucha lucha, la operación se corona con el éxito y el niño es retirado para los cuidados del caso.

Terminadas las suturas y recompuesta la madre, el médico se prepara para dejar la sala de partos cuando, de repente, Georgina abre desmesuradamente los ojos y, con esfuerzo, mueve la cabeza como buscando al médico y dice:

-Doctor Eduardo, Doctor Eduardo, sé que Dios me reservó, con el cumplimiento de esta parte final, el retorno a Su seno. Soy simpatizante del Espiritismo desde largo tiempo y tengo informaciones mediúmnicas seguras de que, devolviendo ahora a este hijo a la vida terrena, cumplo mi compromiso delante de la Ley Sideral. Devuelvo la luz a quien saqué de la luz, en la noche larga del pasado; a quien negué, negué egoístamente en el Ayer, abortando. Pido al señor decirle a mi familia que cuide bien de mi Mauricio. Mauricio Campocielo es el nombre de este mi hijo; mi hijo otrora renegado; no sé cuándo, ni dónde, mas la Justicia Divina, que todo restablece, me da la oportunidad de, por la vida de mi Mauricio, dar la mía. La doy de buen grado.

- Pero, Madame Giorgina, intente calmarse para... - obtemperó el médico.

- No, Doctor, no. No tenemos tiempo. Séale el "padrino, signore dottore". Adóptelo, suplico, adóptelo, para que mi Mauricio tenga, ahora, el padre que desde antes, mucho antes, lo ha esperado.

Se calló forzada por una convulsión que la anoxia cerebral - condujo al coma profundo.

Georgina desencarnó cerca de cinco horas después, con la inapagable sonrisa de quien, después de exhaustiva jornada, encontró el reposo de su conciencia... Nadie podía comprender, nadie...

El corazón lleno de amor dejó de latir. La luz de sus ojos se apagó, pero la felicidad, no...

El médico, Doctor Pierre Edouard Souré, después de recomponerse de la desequilibrada emoción, se dirigió a la cuna contigua y, tomando al niño delicadamente en sus brazos, no contuvo el sollozo tanto tiempo guardado, sorprendiendo a las enfermeras.

Pasados algunos minutos, el médico, con los ojos aún repletos de lágrimas, depositó al pequeño tesoro de nuevo en la cama.

Cuando dejó gravemente la sala, su médica-asistente que acababa de llegar y puesta al tanto de lo ocurrido con su maestro, sin comprender bien lo

que veía, mantuvo una indagación silenciosa en la mirada que le dirigía.

El Doctor Pierre, enjugando los ojos con la manga del mandil, comprendiendo la situación, señalando al niño por el vidrio de la cuna, exclamó:

- Es mi hijo, doctora, ¡es mi hijo! - suspiró - Es mi hijo espiritual. Mi hijo que retorna no sé de dónde, ni de cuándo; pero... ¡es mi hijo, doctora!

Pasadas las emociones de sorpresa, el médico, más tarde, convocó a todos sus auxiliares, su equipo fiel de tantos años y, con mucha emoción que aún lo embargaba psicológicamente, esclareció:

- Como ustedes saben, nunca me casé. Siempre esperé por alguien especial que viniese, no sé cuándo, ni de dónde, a llenarme los días de felicidad con una expresión de amor que mi amor detectaría. Hoy, queridos míos, ese alguien llegó; por el aviso de emergencia, por la coincidencia de no estar yo de guardia, cuando ésta, finalmente, sería del noble colega, Doctor Roussard, quien me pidió el cambio para atender un compromiso particular. Más aún: por la expresión de la parturienta, señora Giorgina, y, después y finalmente, por esa criatura que, no sé explicar cómo, conozco de nostalgias longevas; nostalgias que ahora terminan para mi sosiego de padre...

El silencio se hizo presente nuevamente, por la emoción de la narrativa del médico.

Ninguno de los oyentes tuvo coraje para interpelarlo, interrumpirlo; aunque, con los ojos puestos en él, intentaban comprender con claridad, lo que pasaba.

_ Quedé consciente - continuó el médico - de que la señora Giorgina Campocielo, italiana de Nápoles, vino grávida y perseguida por los pasos paternos, a refugiarse aquí, en Marsella, después de viajar clandestinamente en un vapor, en un navío comercial.

Limpió las lágrimas y el sudor que goteaban, y prosiguió:

- Entre los varios colegas asignados aquí en el hospital que ella consultó, yo fui uno de ellos. Llegué a atenderla dos o tres veces como médico de turno. Y, créanme, yo sabía, sabía dentro de mí, que la señora Giorgina no me era extraña. Yo la conocía de algún lugar, aunque no pudiese saber de dónde. Y que el niño, Mauricio, es alguien que esperé por largo tiempo...

Todos miraban al médico estupefactos.

Él prosiguió:

- Bien, sé que parezco loco... insano...perturbado... ¡Pero es la pura realidad!...

La Doctrina Espírita, Codificada por el ilustre Profesor francés, Hypolite Leon Denizard Rivail, con

el seudónimo de Allan Kardec, y sólo ella, nos explica, pedagógicamente, la Ley de Causa y Efecto y la Ley de Reencarnación.

Vivimos tiempos, tiempos de felicidades.

El Consolador Prometido por Jesús está con nosotros, ofreciéndonos al corazón la fe-razón, el amor-respeto.

Nos da la seguridad del “Yo sé”.

Giorgina-Georgette ahora duerme para el largo re-despertar.

Pierre Edouard, el mismo Edward del siglo XIX, entonces abogado brillante, ahora médico ginecólogo-obstetra, se fortalece en la paternidad adoptiva, reafirmante de la paternidad espiritual.

Maurizio Campociello-Maurice Champciel, Espíritu de elevados atributos y con un largo programa de bendiciones que cumplir en la Tierra, después de la cirugía plástica reparadora de sus dedos clavados en las entrañas de la madre, así como para recomponer el tórax y el vientre, receloso por el aborto nefando, ver frustrada su renovada oportunidad de retorno, sigue, ahora más sereno, bajo los cuidados de su “padrino”- padre desvelado, Edward.

Oh, Dios de infinita misericordia, cuánto tenemos que agradecerte, comprendiéndote en las dulcísimas y justas leyes.

Por la bendición de la reencarnación, creados simples e ignorantes, vamos avanzando hacia Tus brazos paternos, llenos de Amor.

¿Qué sería de nosotros, Señor, sin ese Amor?
¿Sin las oportunidades que nos ofreces?

Si no fuera, Padre, por la reencarnación que los necios ironizan y reniegan, ¿dónde la oportunidad de evolución?

Tu Misericordia nos dio a Jesús, el Meigo Rabí de todos nosotros, quien nos preparó el lugar.

La Doctrina Espírita – el prometido consolador, el futuro de las Religiones – nos asegura las ventajas que obtendremos si permanecemos fieles a las directrices del sacrosanto Evangelio Según el Espiritismo.

Amar, comprender y servir.

Trilogía de tu Amor, de Tu comprensión y de Tu servicio en beneficio de nosotros, Tus hijos anhelantes de Tu paz.

AMOR REAL

Los fastos de la historiografía humana nos ofrecen experiencias del amor en régimen connubial, siempre aleccionándonos.

Amor, sentimiento magno que se debe cimentar en todos nosotros, por nuestro esfuerzo en el bien, ya que proviene de Dios, el Más Puro Amor, ya que Él es Amor, en la feliz expresión del Apóstol Juan. (1)

Se concluye que expresarse en amor es progresar, puesto que, temperándose los instintos, a éstos sublima, ampliándose la comprensión íntima que, en el soberbio viaje del átomo al ángel, avanza hacia la paz íntima.

En plena concordancia con la evolución de cada cual, el amor nace en las manifestaciones del instinto, postulante éste de sublimación, en fertilización, rumbo a las bendiciones de las cuales se alimenta.

Pero, es desde los orígenes de la evolución humana que el amor ha sido sentimiento de dificultosa comprensión, "a priori", ya que el principio inteligente del universo lo tiene asentado en los límites de la pasión, con la cual lo confunde.

La Divina Providencia, con todo, ha previsto que los Hijos-Espíritus, encarnados o desencarnados, se personifiquen en sus propias vivencias frente al amor, para que, puliéndolo consuetudinariamente, asentado en la lección inolvidable, de él gocen todos.

Así es que, desde la fiera al hombre, el moderador del amor se va engastando para, poco a poco, irse presentando en su brillo, que concluirá en la omnipotencia del Padre, su fuente y su fin.

De encanto-desencanto-encanto, va el amor sobrellevándonos, rumbo a la felicidad por la cual todos pugnamos.

Será, con todo, en el Mego Cantor de Galilea, Jesús, en la bendición de María de Nazaret, que obtendremos el néctar del amor real, ya que, por Él, hemos de exhalar el olor del Amor de Dios, por todos nosotros, Sus Hijos.

En estos tiempos de equívocos en la manifestación del amor, que se disfraza de desamor, conducente al odio (el amor que enloqueció), en disparate embrutecedor, que se ha planteado por dirección egoísta, nuestra conducta ha de ser en el refugio de las santas lecciones del Evangelio Luz, donde se destaca la contribución de Lázaro (Cap., ítem 8 y siguientes), como aliento de instrucción del parámetro del amor real, al que todos nos debemos dinamizar, acrisolándonos, ya

que el amor, vestido de la sensatez y con los ademanes del respeto, se mimetiza de inextinguible paz.

(1) Juan: Cap. IV, v8 (Nota de la Autora Espiritual)

FIAT LUX

Cuando el Génesis Hebreo, traducido en la Vulgata Latina, refiere la frase: “¡Hágase la Luz!”, un tópico de emoción se expresa en el corazón del estudioso atento, para que esa luz tenga una connotación metafísica más amplificada.

Seguro es nuestro origen lucigénito.

Y una vez que de la Luz de Dios somos nacidos, renacer para comprender esa luz, será dejarse nacer para comprendernos a nosotros mismos.

Refiere el ilustre hermano André Luiz que somos co-creación de Dios en punto menor.

Jesús, el Sublime Cantor del Amor, refiere que somos dioses.

Si, pues, de la Luz Divina nos movilizamos, porque de luz somos hechos, nada deberá perturbar nuestra luminosidad.

No obstante, en el mundo de relación en el cual nos encontramos, percibimos que son muchos los que “se apagan”, deliberadamente, para expresar una equivocada humildad.

El Sagrado Evangelio, expuesto por el Maestro Jesús, refiere: “Brille vuestra luz” (2), en una

invitación de que no debemos sino intensificar la luz en la cual nos movemos.

Será el caso de solicitar más luz, para que el alimento en el bien no cese jamás; ya que la luz que se acrecienta en él, sólo puede satisfacernos de paz.

Génesis: Cap.I, v.3

S. Mateo Cap. V, v.16 (Nota de la Autora Espiritual)

MOMENTO GRAVE

El momento ciclópeo de la humanidad es grave.

Se urden tramas para negociados espurios, apologizándose las corrupciones de las costumbres.

Se fomentan las guerras para la industria bélica, fabricándose los genocidios.

Los desatinos nacidos de los instintos no sublimados se refuerzan, para que la insensibilidad se exhiba, en detrimento de la Educación, de la Ética.

Escuelas áridas e irresponsables, hospitales vacíos de compasión por el dolor.

Industrias desmotivadas por el bien común, comercio insensible para la satisfacción social.

Religiones, muchas.

Religiosidad, escasa.

Los intereses ilícitos se acentúan en la ganancia financiera que, cuando la polilla no roe o el óxido no la corroe, el ladrón la roba.

Funcionarios públicos a éste agreden, o irónicamente, despachan con exigencias impertinentes, o perfectamente dispensables.

Alegan salario irrisorio y sin condiciones de ejercer su labor. Y perjudican al prójimo, comprometiéndose espiritualmente para el porvenir.

La envidia campea corrosivamente.

La ternura es catalogada como asunto musical o poético.

El ser humano se mercantiliza cada día, candidateándose a los secuestros, porque los apetitos por los excesos conducen a la posesión de lo que, efectivamente, no se necesita.

No obstante, la Ley de Causa y Efecto sigue vigente, purgando.

La masa humana se queja, sin atinar en la intestina responsabilidad.

La miseria moral tomó ciudadanía, a través de la cual se anhelan conquistas, efímeras y perfectamente dispensables, en detrimento de las reales victorias.

Campañas pálidas se hacen aquí y allá, con el objetivo de minimización de tan lamentables cuadros. Pero, luego olvidadas o archivadas en el receso del corazón social.

La Naturaleza, madre y maestra, sufre vilipendios, comprometiendo la Ecología.

El hombre moderno, alegándose aburrido, psicológicamente hastiado, elige como vacaciones

el cansancio de las cacerías o el aburrimiento de la pesca, entendiendo que matar, el acto de extinguir vidas de Dios, es terapia de descanso psico-físico.

O, cuando no, exige feriados para la ilegalidad de la conducta, tornándose atormentado-atormentante, atormentando.

Como se ve, el momento es grave.

No obstante, la Divina Merced sigue ofreciendo a los sensibles todo Su Amor, trayendo los recursos mitigadores, para que Su Creación se vuelva a despertar a la simplicidad (1), al esfuerzo feliz.

He aquí, por qué motivo, Jesús afirmó segura liberación por el conocimiento de la Verdad (2).

Y, conforme prometiera, el Consolador, traído por la Codificación Espírita, de autoría del Espíritu de Verdad y por las manos abnegadas del Profesor Allan Kardec, crece, floreciendo y fructificando en el seno de esos campos adustos, pregustando sazonadas cosechas.

Seducidas por la salud “de afuera”, las criaturas de Dios, extraviadas, rinden culto a la incomodidad; paradójicamente, rinden culto al dolor...

Gimen y lloran, lloran y gimen, sin darse raciocinio de cuánto la Naturaleza les provee para la felicidad.

Sigue el Amor Divino, todavía, en la espera...

Sabed que, más tarde o más temprano, la concientización emergerá.

El registro intelectual de conocimientos conduce a la Sabiduría, a la Verdad pronosticada por el Maestro Jesús.

Es, sin sombra de duda, en el fanal educativo Espírita, que el intelecto, con la mira en el estudio, tendrá el brillo libertador que el Hombre necesita para el conocimiento y el control de sí mismo. (3)

Sin embargo, son muchos los abatidos, los exhaustos en las sucesivas reencarnaciones, siempre renovadas, porque sin esa justicia, la remisión es imposible.

Debe concluirse por tanto, que la Doctrina Espírita, tal como nos fue presentada por Allan Kardec, advino en el momento cierto, a nuestros corazones.

Ya que, de aspecto incuestionablemente educativo, es un programa seguro de bienestar.

Así, si te dejaras inspirar de Espiritismo e imbuir, por consecuencia natural, de Cristianismo en su aspecto primitivo y puro, estudiando a Kardec para vivir en Jesús, tórnate espejo vivo, cristalino de

esas bendiciones de Dios en el mundo que te acrisola reeducativamente y, entusiasta, vive y deja vivir, como apología a la paz.

(1) El Evangelio Según el Espiritismo – Cap.VIII

(2) Ídem. Cap. XXIV

(3) El Libro de los Espíritus- Cuestión 919
(notas de la Autora Espiritual).

BRILLA Y CALIENTA

En el suelo ardiente y denso de la Tierra, tanto como en el charco, brilla el Sol, cuyos rayos se esparcen bajo el amparo de Dios, iluminando sin indagaciones, ni afirmaciones.

Brilla y caliente en la alegría de la acción, para la cual fue creado.

En la jornada evolutiva, todos podemos brillar siempre, sin indagaciones estériles, sin cuestionamientos, sin indecisiones.

Realizar nuestra aspiración, para lo cual fuimos creados; comprenderse, para comprender; servirse, para servir; amarse, para amar.

La ilustre Autoridad de Cristo Jesús, el Amable Rabino Galileo, Maestro Memorable, porque aprendió a brillar y a calentar, ofreciéndose como ejemplo para que ninguno de nosotros se atreva a alegar ignorancia.

Ojalá te re despiertes ahora.

Ni mañana, ni después.

¡Ahora!

El tiempo dimensional de la Tierra, en la indimensionalidad de que se reviste Dios, te alerta que el momento que pasó no vuelve, y que te

compete aprovecharlo ahora, en su expresión, para que tengas, en la expresión siguiente, alegría o tristeza, dolor o bienestar, según lo que de bien te hayas prodigado hasta ahora.

Medita, elucubra, sin indagaciones irreflexivas, pues ninguna orientación valdrá más que tu propia acción en la paz.

NEUROSIS DE LOS RÉCORDS

En el parque terrestre, provisto con los implementos psíquicos de atavismos, el Hombre, desde el nido civilizador, viene valiéndose de movimientos organológicos que lo han auxiliado en el mejoramiento espiritual

De los impulsos que mantienen su supervivencia, vinieron los de destacar frente a sus semejantes, en el mundo de relación social.

Las preocupaciones con la Estética, en todas sus ramas de incidencia en la Naturaleza, especialmente en las expresiones antropogenéticas, fueron conduciendo al Hombre encarnado a los ejercicios terminantes en los deportes que, a su vez, hicieron nacer los juegos, que se tradujeron en las justas, en los torneos, caballadas, y otros, dando origen a las Olimpíadas, Makabiadas, Grandes Premios, desde Timeo de Siracusa hasta Pierre de Coubertin.

Nada obstante, el Hombre, que desde Sócrates, aún no se preocupó en descubrirse a sí mismo, en su expresión espiritual (1), que lo conduciría al control de las emociones-actuaciones, hizo erguir el ideal competitivo, acicateado por el

compadrazgo fascinado-fascinador, para sumergirlo en la neurosis de los records.

Así es que, con el avance del tiempo, mal utilizado en la egolatría, el Hombre disputa, desgastándose física y mentalmente, para obtener “mejores” resultados en su faena competitiva, en el afán de coronarse delante de sus semejantes y aficionados como el “mejor”, marchando hacia las expresiones psicofisicopatológicas que el ostracismo y la decepción retratan veladamente.

En las caminatas, en las marchas veloces, en las luchas enguantadas, en las escaladas montañosas, en los deportes acuáticos, la neurosis de ser el primero, ha conducido al Hombre a voluminosos compromisos patológicos.

Los miembros inferiores son impulsados más allá de sus límites; dándose lo mismo con los superiores y demás órganos del cuerpo, según la modalidad competitiva neurótica, en el equivocado ideal de “campeón”.

A las máquinas motorizadas se aplican piezas, combustibles e implementos de perfeccionamiento, para que el competidor, en cada disputa, busque la superación de la marca anteriormente conseguida... ya neuróticamente.

Nada contento con la superación de la barrera del sonido, el disputante quiere aún más, más allá

del límite de sus fuerzas, para, aunque al costo de su integridad física, lograr su “victoria”...

Es el síndrome de los records! La neurosis de los records!

Sin intención de crítica de nuestra parte, y bien comprendiendo los límites del libre albedrío y con el objetivo modesto de dar sensatez a esas actuaciones neuróticas, aún movidos por los contactos con varios ejemplos de competidores que vienen desencarnando en nuestro plano vibratorio antes del tiempo programado, en la expresión definida como suicidio indirecto, buscamos alertar, fraternalmente, a los compañeros de jornada evolutiva, que se atrasan distraídos, de que la competición (1) es saludable, sea intelectual-psíquica, sea intelectual-física; siempre que circunscrita a los límites del buen sentido, que genere somatización y alegrías reales.

Y lo mismo se ha de reflexionar para la vida profesional, escolar, familiar, social, en fin.

Competir con esos graciosos objetivos, mas apenas para impedir que el hermano de al lado se corone por egoísmo, es acumular laureles en contrario de lo positivo, y enfrentar largos y lejanos disturbios psicosomáticos en el transcurso del tiempo.

Son, como dijimos, muchos los equivocados que, al darse cuenta de esa soez e ineluctable

realidad, y ya sin fuerzas para atender las exigencias de sus “comandantes”, se adhieren a la narco-dependencia, a la dipsomanía, a las psicosis maníaco-depresivas, y otras que, vastas veces, culminan en dolorosos resultados.

Tenemos para con nosotros, en vista de lo mucho observado, que la Evangelio terapia mucho, conforme la enseñó (1) el Espíritu de Verdad al emérito y lúcido Profesor Lionés Allan Kardec, otorgará al Espíritu, encarnado o desencarnado, las condiciones seguras para ingresar en el mercado competitivo que debe conducirlo al progreso, sin embargo, con el fiel aprovechamiento de sus fuerzas en sus precisos límites, ya que, si el Espíritu tiene prisa en laurearse en su lugar comunitario para agrado ajeno, Dios no tiene prisa, sino paciencia, de ver a Sus hijos en la aplicación sensata de sus conocimientos, en la meta de conquistarse a sí mismos.

Si el concurso de las horas debe ser bien aprovechado, si el tiempo es tesoro evaluable en el buen desempeño, no te devalúes para tributar a la neurosis ajena, que igualmente te narcotizará en el egocentrismo. Recuerda que la Divina Misericordia se expresa en la Naturaleza que te creó, para que en ella te instruyas y de ella disfrutes, atento de que ella no disputa, sino se mejora, para tranquila satisfacción en la evolución.

Verás, entonces, que Juvenal, en su sabiduría, tenía plena razón al afirmar que sólo a través de una mente sana se puede sanear un cuerpo, sea cual sea la morfogénesis en que se exprese.

El buen sentido encarnado, Allan Kardec, escogido para las directivas instructivas de todos nosotros, nos ha legado una bendecida Obra, la cual, estudiada y vivida, nos impulsa al alcance del podio de la auto-victoria, que, como Jesús, nos calificará para la conquista del Mundo, y no en el Mundo, con perennes vibraciones de paz.

- (1) Términos utilizados por la Autora Espiritual.

PEDRO, PIEDRA ANGULAR

Recordarlo en la importante reencarnación al lado del Sublime Cantor de la Buena Nueva, Jesús, es grabarse en lo íntimo emociones inmortales de un fiel discípulo: Simón Bar Jonás, el pescador de Galilea.

Seleccionado por el Señor Jesús, fue por éste invitado, después de un contacto indirecto que dejó en el futuro Pedro inmarcesibles impresiones.

La voz de comando suave, sin embargo firme, de que Simón debería pescar Hombres en el inmenso Océano de la Vida, le impidió discernimientos, o tergiversaciones, tal la seguridad de la invitación.

Piedra angular, no se dispensó Simón de los haberes psicológicos del Hombre Común, del cual se fue apeando de a pocos, en la Convivencia con el Sublime Pastor del Excelso Maestro.

Fue tan hombre, que llegó a negar a su ídolo por tres veces... según, además, hubiera sido advertido anticipadamente por Él.

“Si me amas,” – le dijo Jesús, - “apacienta mis ovejas”...

Simón Bar Jonás, comprendió bien la expresión fraseológica, no dispensándose del servicio liberador.

Pasados los tristes episodios del Martirio en Jerusalén, en el Monte de la Calavera, con la Resurrección y Ascensión del Inapagable Maestro Jesús, Simón toma de la nave del bien y, sin mirar para atrás, edifica una humilde obra socorrista, verdadero tugurio de amor al prójimo, en la Calle de Jope, en cuyos límites muchos se reabastecieron, trataron llagas internas y externas, tomaron alimentos y medicamentos...

Jeziel (Esteban), Abigail y Saulo (Pablo), de Tarso, también allí se mimetizaron del Amor del Cristo, en la imagen de Simón, el Discípulo Fiel...

La labor digna, en su aspecto expiatorio, lo condujo a romper el pasajero "elan" Terrestre, facultándole el vuelo liberado para el abrazo del Divino Maestro.

A discípulos de Jesús todos nosotros aspiramos.

¿Tendremos merecimientos para serlo?

Nuestra acción en el Bien del Evangelio de Jesús que nos responda...

Y si, afirmativa la respuesta, avancemos mejorándonos, porque la mejoría íntima transforma las cadenas de hierro en cristal que,

breve, se romperán, naturalmente,
proporcionándonos el vuelo de discípulos fieles, en
el vuelo de la paz.

VALORICE EL TRABAJO

Nada dispensa al trabajo.

Al organizar el Planeta que te sirve de abrigo y escuela evolutiva, el Señor Jesús trabajó, y mucho, para que esta Casa del Padre se tornase el hogar de bendiciones de Su Amor.

Observa que tu indumentaria psicofísica es un granero de implementos orgánicos, accionados ininterrumpidamente, parcial o totalmente, en el ideal del funcionamiento plenipotente para tus propósitos de elevación.

Ves que la Naturaleza marcha, igualmente, bajo el yugo de la acción, con el objetivo de que la entropía y la entalpia termodinámicas, se hagan cronometradas en la y para la excelencia de tu vivir; sea oxigenándote por el vegetal, alimentándote por el leguminal, sirviéndote por el animal y ejemplificándote por el hominal.

Y no te dejes al olvido que el angelical se te presenta en trabajo ininterrumpido para que en ángel te transformes, en el porvenir.

El trabajo es propio de la Ley Natural (1) y, por eso mismo es útil, cuando es realizado en la comprensión espiritual. Da placer.

Tanto así es que Dios, el Excelso Trabajador, de Su Labor nos permite vivir.

Las estaciones climáticas son melodías de trabajo cadencioso y sucesivo para el control vibratorio de todo y de todos, en su marcha ascendente.

Fuerzas de trabajo vegetal y animal te sustentan en la forma hominal.

Son tantos, fueron tantos los Trabajadores precedentes del Ayer que, en su acción, te regocijan en el usufructo del Hoy.

¿No sería injusto si no trabajases, a tu vez, visualizando la comodidad de los que te sucederán en el Mañana?

Si el Maestro Jesús se conformase con la labor de carpintero tan solamente, limitándose en él, y la iluminación de las conciencias tardaría, seguramente, aún en el oscurantismo deplorable.

Si los Discípulos del Cristo se acomodasen con la audición de los "dichos del Señor", sin trabajar en la diseminación de esas enseñanzas, y tal vez, aún estuviésemos enquistados en la ceguera cultural conduciendo ciegos, cayendo todos en la fosa oscura del intelecto, ya entonces apagado.

Si el Espíritu de Verdad, en su forma legionaria, se entretuviese en planeamientos dispensables, postergando el trabajo gigantesco cimentador del Consolador prometido, la Humanidad, ciertamente, estaría aún, padeciendo la falta del farol iluminante, permaneciendo iletrada, comprometida con el ocio espiritual.

Si el ilustre Profesor Allan Kardec, al ser convidado al trabajo codificador de la Doctrina Espírita, alegase estar con la edad avanzada, senilidad cincuentenaria, cansancio, y probablemente padeceríamos de más espera para engalanarnos con el “vestido nupcial” mencionado por Jesús.

No sólo trabajar debemos; ampliarlo siempre en la dirección perfecta, valorizándolo

Ejemplos vivos no nos faltan que la bendición del trabajo es, realmente, forma de alcanzar la felicidad íntima.

Psicológicamente se concluye, que destilar el sudor del rostro en el trabajo, digno para las conquistas materiales e intelectuales, es relacionar salud psicofísica al Espíritu.

Vale la pena trabajar.

El Espiritismo es ciencia filosófica y moral fundamentada en el trabajo de iluminar conciencias, indemne de prohibiciones, prejuicios.

El médium moderno ya se expresa con trabajo intercambiante en régimen libertario, con responsabilidad que muchos de sus predecesores no lograron, ya que cometieron el equívoco de limitar su acción en la mera pasividad.

Quien, en las tiendas espíritas, “descanse, cargando piedras”, aprovechando bien lo mucho que le fue dado”, sabe que la Divina Merced le dará mucho más.

En los tiempos modernos, la psicología del descanso, la terapia de las fiestas, la prodigalización legal de feriados, el control minimizado de las actividades físicas y morales, han generado distonías psíquicas de monta, aturdiendo a estudiosos del alma, que enfrentan depresiones, psicosis, vastas veces irreversibles; comprometiendo el trabajo regular del organismo ante la presencia de estupefacientes generadores de la peligrosa narcodependencia.

Muchos, ostentando cuidados contigo, se irrogan “vigilantes” de tu trabajo redentor, opinando que te dedicas a él en exceso, expresando ellos, a escondidas, su apología a la comodidad que sólo hace lo necesario... nada más...

¿Para qué trabajar tanto – aseveran con aires de sabiduría – si nadie reconoce?

Esos, como dice Jesús, ya recibieron su paga (4), pues exigen reconocimiento por lo poco hecho hay mucho costo.

Si el esfuerzo de la psicología moderna se purifica en la terapia del trabajo bien distribuido, exaltando el buen aprovechamiento del tiempo, seguro será el retorno del paciente a su salud psíquica.

Hay jóvenes que se envejecen en el envilecimiento de la ociosidad; hay ancianos que se dignifican en el trabajo rejuvenecedor.

Tránsfugas de los deberes, son muchos los que filosofan arengas de que el trabajo es bueno, pero no mucho... dejando al olvido que es por el trabajo incesante de Dios que ellos viven...

El operario en Jesús, consciente de sus deberes, trabajará siempre, en la cadencia racional y permanente, desdoblándose en la racional distribución de su tiempo, dando reposo al cuerpo, para que su Espíritu prosiga trabajando-estudiando, ya que está consciente de lo imprescindible de su esfuerzo en el progreso que desea, en la felicidad que anhela.

Huye, pues, de la negligencia, trabajando hasta en el reposo fisiológico, seleccionando tus registros intelectuales.

Fiestas, feriados, paros y “brazos caídos” (DICE “CORPO MOLE”), han sido expresiones de enfermedades psicosociales, que la Ciencia Espírita orienta, advirtiéndolo.

Sí, hubo, y aún hay, trabajo esclavo en el mundo.

El progreso del trabajo perfeccionante, todavía, va generando, inclusive, legislación pertinente a los derechos humanos, que, infelizmente, aún no se igualan a los deberes (humanos).

Y el fuerte no será aquel que venza al más débil, sino el que a éste ampare, venciénzose a sí mismo (5).

Mira alrededor de ti y verás que, si hay muchos paralíticos mentales, maniatados psíquicos, arrecostados en la indolencia, apologistas de los derechos sin deberes, hay, también, muchos que te presentan la faz empapada de sudor digno, respiración oprimida y luminosa sonrisa en el rostro, que, viejos-mozos o mozos-viejos, te ejemplifican que la gran sabiduría es comprender, la felicidad consiste en servir y la más precisa terapia es amar.

Preséntate a ti mismo por el trabajo-estudio, dejando al margen pequeñas cuestiones dispensables y análisis estériles.

Dios no fue; Dios nunca será; Dios es.
Perfecciona los talentos que de Él recibiste y
te tornarás asalariado de la paz.

- (1).- “El Libro de los Espíritus”: Cuestión 674
- (2).- “El Evangelio Según el Espiritismo”: Cap. XVIII, It. 1.
- (3).- “El Evangelio Según el Espiritismo”: Ítems 13 y 14.
- (4).- “El Evangelio Según el Espiritismo”: Ítems 6,7 y 8.
- (5).- “El Libro de los Espíritus”: Cuestión 675, letra “a” Glosario.

Preguntas Frecuentes sobre Espiritismo
Libro Qué es el Espiritismo

